



El hombre que siempre estuvo aquí

TEXTO: Luis Alberto Cabezón García **FOTOGRAFÍAS:** Archivo de Kabemayor p.c.

Emotivo encuentro con el prolífico actor Eduardo Fajardo (Mosteiro, Pontevedra, 1924), quien repasa su infancia y adolescencia en la localidad de Haro, y su posterior entrada en el mundo del teatro, cine y televisión. Un recorrido vital que tiene dos países de referencia: España y Méjico. Y un sólo origen: Gimileo, Haro, La Rioja.

Entrañable es la palabra que definen mis varios encuentros con el actor Eduardo Fajardo. Nacido gallego y criado en La Rioja, Fajardo pasa por ser uno de los actores con más amplia producción audiovisual y teatral. Y no sólo en España, puesto que su vocación viajera e internacional, le ha llevado a obtener gran popularidad fuera de nuestras fronteras, en especial de Méjico, país con el que mantiene una cariñosa relación. Este encuentro, que delata la emoción que siente por la que considera su localidad de origen, Haro —a la que añado Gimileo—, se produjo como no podía ser de otra manera en la localidad riojaleña, un 13 de mayo de 2008. Sirva

esta entrevista, por tanto, de vuelta a sus orígenes de un actor que nunca se fue. Un hombre que siempre estuvo aquí.

-Háblame de tu nacimiento y vinculación con La Rioja

—Yo nací en un pueblecito de Galicia, y a los ocho días de haber nacido, vine con mis padres a Gimileo. Gimileo fue el pueblo en el que me nacieron los dientes, empecé a jugar y a tener amigos hasta aproximadamente los cuatro años. A los tres años y medio, por tanto, pasé de Gimileo a Haro, concretamente a la calle La Ventilla.

Me siento riojano, y digo que soy riojano porque las personas somos, aparte de donde hemos nacido, de donde hemos comido, hemos trabajado o hemos tenido nuestros primeros amores de niño. Y en mi caso, hemos tenido el conocimiento de las letras a través de aquel profesor tan popular y conocido, con el cual yo estuve varios años, don Juan Bautista. Después de él, y por razones económicas de mis padres, estuve casi dos años en las Escuelas Públicas.

-¿Qué recuerdos tienes de Haro?

-De Haro llevo todo: las fiestas del vino, cuando venían aquellas carrozas con árboles decorados, cuando mi madre me ponía aquellas camisas y el pantalón blanco y me manchaban con el vino de las botas aquellos hombres y aquellas mujeres que venían de San Felices. Yo era feliz entonces.

Aprendí a fumar en el árbol del amor que está o estaba en los Jardines de la Vega. Le llamaban el árbol del amor porque podían estar ocho o diez parejas dándose un beso cada una y nadie se veía con nadie. Era de una anchura enorme.

Recuerdo también una chimenea de la fábrica de orujo que estaba abandonada. Bueno, pues allí entramos cuatro muchachos de unos diez u on-

ce años. Dentro de la fábrica había una fuente, y dentro de ella, peces rojos. ¿Y qué se nos ocurrió? Coger un cubo con agua, meter los peces, acudir al bar El Sol e intentar venderlos para poder comprar canicas. Nos cogieron y nos llevaron a la Guardia Civil.

Me siento riojano, y digo que soy riojano porque las personas somos, aparte de donde hemos nacido, de donde hemos comido, hemos trabajado o hemos tenido nuestros primeros amores de niño.

Todos los años cuando venía al Festival de Cine de San Sebastián, acudía después a Haro y Gimileo e iba a visitar el colegio de mi infancia. Allí había una pizarra donde ponía: "Bienvenido Eduardito, tu colegio". Es una anécdota que recuerdo con cariño y que se debe a don Juan Bautista.

Era amigo de Goyito, que gustaba mucho a las muchachas, y a mí me daban cartas para que se las diera a él. Un día me dice una chica que una carta era para mí. Vi que le gustaba a la chica, y eso a mí me

Eduardo Fajardo frente a sus recuerdos en su casa de Huerca-Almería.





Eduardo Fajardo, en la etapa de CIFESA.

ofendió porque hacer de menos a Goyito era hacer de menos al triunfador.

Una vez cogí el coche de mi padre y lo estampé contra el Café Suizo... En fin, multitud de anécdotas y recuerdos de mi paso por Haro.

Haro, supone para mí, algo que no puedo explicar, sólo puede entenderlo alguien que haya nacido aquí. He nacido espiritualmente en Haro, por eso vengo desde hace muchos años a Haro. Y no por eso ignoro a Galicia, de la que documentalente soy, pero es que la conocí muy tarde, cuando fui a filmar aquella serie para televisión "Los gozos y las sombras". Esa telenovela me permitió conocer Galicia cuando tenía cerca de 50 años. Galicia me parece una tierra maravillosa, extraordinaria, pero nunca la conocí de niño.

En Haro, mis padres tuvieron una serie de casas

donde vivimos. Estoy rememorando ahora el segundo piso encima del bar Suizo, la calle del paseo de La Vega, los balconillos famosos de entonces, la plaza en esos momentos sin asfaltar donde los niños jugábamos a las canicas... Haro lo llevo y lo llevaré siempre, hasta el último de mis días, en mi corazón, en mis sentimientos. Si alguna vez me he encontrado con algún jarrero, no sabes la alegría, el gusto que me ha dado siempre atenderlo y recibirlo.

Me quedan pocos amigos de aquella época, muy pocos. Aparte de mis sentimientos de niño, Haro es el sitio donde murió mi padre y donde murieron también dos hermanos. Aquí vengo al cementerio porque está mi familia. Siempre he dicho, y he dejado en mi testamento, que si algún día por ley natural tengo que irme con mi padre y con mis hermanos, me entierren con ellos. Todos estos y muchos más vínculos que podría comentar son los que a las personas nos hacen recordar los lugares, los amigos, los estudios, la vida, la alegría, las costumbres, las fiestas... todo.

He nacido espiritualmente en Haro,
por eso vengo desde hace
muchos años a Haro.

-Pero llega el momento de abandonar Haro, ¿cómo fue la partida?

-Con cerca de 15 años salí de Haro camino a Santander. Mi madre, que era una mujer muy luchadora, montó allí una fábrica de productos lácteos (leche y derivados, quesos, mantequilla, leche condensada). Allí estuve hasta los 18 años.

Me encargaba de hacer el recorrido de 40-45 kms con una camioneta recogiendo la leche para llevarla a la fábrica. Esa fue mi mocedad. En Santander tuve mi primera novia con 18 años: fue mi primer amor, y yo fui el primero de ella también. Éramos una pareja profundamente enamorada y pretendíamos casarnos. Esta historia que, andado el tiempo, no pudo ser después de dos años de relaciones, tiene un desenlace bonito.

Esta señora de la que yo estuve enamorado toda la

vida, puesto que la llevaba en la cabeza y el corazón, me entero que vive, está viuda, tiene 84 años, no oye y anda mal de las piernas. Bueno, pues fui a verla unos días antes de estar aquí hoy contigo. Después de 64 años nos volvimos a ver. Ese encuentro es imposible de explicar.

La voz me ha ayudado mucho en mi carrera, y digo esto hoy a mis 84 años porque sigo manteniendo la facultad de la voz.

-Y el cine, ¿en qué momento y cómo entra en la vida de un joven Eduardo Fajardo?

-En la vida se nos cruzan diversas personas y situaciones, y a mi se me cruzó el cine. Alguien me habló del cine a esa edad en la que todos soñamos con algo parecido. El encanto del cine me llevó hasta Madrid. Dejé a aquella muchacha... aquel día que nos despedimos lloramos los dos. Ella me dijo ya no te volveré a ver. Y tenía razón, mi vida cambió totalmente.

Llegué a Madrid, tuve muchas dificultades que se superan con la juventud, por las ilusiones que uno lleva. Hubo alguien que me sugirió empezar doblando películas americanas. Yo no sabía qué era aquello. Y así fueron mis comienzos en la que ha sido mi profesión toda la vida, el cine.

Estuve ocho años doblando películas. La voz me ha ayudado mucho en mi carrera, y digo esto hoy a mis 84 años porque sigo manteniendo la facultad de la voz. Hubo un compañero entrañable, que empezó al mismo tiempo que yo, el gran actor Fernando Rey.

Ambos empezamos en el doblaje, y te comento una anécdota que digo por primera vez y que te sorprenderá: en el doblaje nunca se había visto que saliera un fotograma diciendo “el actor americano x ha sido doblado por el actor español x”. Fernando Rey fue el primero en la película “Hamlet”, protagonizada por Laurence Olivier, que solicitó que al doblarlo su nombre estuviera en el re-



El actor charlando. La voz sigue siendo una de sus mejores facultades.

parto de la película. Se lo dieron, además de un dinero naturalmente. Años más tarde me pasó a mí lo mismo con la película “Othello” protagonizada y dirigida por Orson Welles. Yo doblaba ese personaje, pedí lo mismo y me lo dieron: en esa película sale mi nombre que ha doblado a Orson Welles.

-En esos primeros momentos también hiciste teatro...

-Después de ahí, empecé de una forma muy bonita, muy romántica, que es haciendo teatro por los pueblos. Los actores de aquella época se formaban, como se suele decir, en el yunque. Había que ir paso a paso, fuera en el teatro o en el cine. No teníamos una televisión, como ahora, que nos hiciera conocidos en 24 horas. Gran cantidad de horas de trabajo, de interpretación y muchos años de teatro se requieren para tener un poco de nombre. Entonces había no menos de 50 compañías de tea-

tro que viajaban por España. Ahora los grupos de teatro son esporádicos. Entonces, existían unos contratos que se llamaban “49 funciones”, que era lo que duraba un contrato de un actor. Hoy ya no existe ese contrato, hoy se hace por lo que dure una obra.

En el teatro empecé con doña María Fernanda Ladrón de Guevara, la madre de Amparo Rivelles. Debuté en el Teatro Poliorama. Cuando se comenzaba en el teatro, había que trabajar 6 meses con una compañía titular para que después te diesen el carné profesional. En la compañía de María Fernanda Ladrón de Guevara lo conseguí yo. Por cierto, tuve que poner en el carné más edad de la que tenía porque no alcanzaba la que se necesitaba para el carné. Por eso hoy algunos registros atestiguan que tengo más edad de la que en realidad tengo.

-Y de ahí a tus primeras películas

-Después de esto, me llamaron para hacer una película. Esa película se llamaba “Dulcinea” (1946), de Luis Arroyo. Éste murió a mitad de rodaje de la película, y tuvo que concluirla su hermana Ana Mariscal. Después de esta película hice otra donde ya hacía mi primer protagonista de galán. El protagonista absoluto era el actor más conocido de aquella época, Alfredo Mayo. La película se titulaba “Héroes del 95” (1947), de Raúl Alfonso, y era un pasaje de la historia de España, de la época cuando Cuba pertenecía a nuestro país. Posteriormente vinieron otras películas, hasta que fui contratado por CIFESA, el equivalente español de la Metro Goldwyn Mayer (MGM). CIFESA me contrató por un año, en el que hice varias películas. Y luego me renovaría otros tres años más. Aparte de trabajar con ellos, CIFESA también comercializaba la figura de Fajardo con otras productoras que le pagaban a ella, y luego CIFESA me liquidaba anual o mensualmente lo que yo cobraba.

-Tu carrera se ha desarrollado, fundamentalmente, en dos países, España y Méjico. ¿Cómo y cuándo vas a este último?

-En ese intermedio de tantas películas, en el cual



Eduardo Fajardo en su último viaje a Haro en 2008.

formé una compañía de teatro que mantuve durante dos años, y cuando me encontraba en los Estudios Chamartín doblando la película “Othello”, alguien preguntó por ese joven que estaba doblando la voz de Orson Welles. Le dijeron que era un tal Fajardo, que llevaba pocos años en el cine. Este señor quiso conocerme y me invitó a cenar. En aquella cena me ofreció un contrato para irme a Méjico. Estuvimos hablando varios meses y al final decidí irme para allí.

En aquellos años, el cine de Méjico que se exportaba tenía un encanto especial, aparte de ser un país conocido por su música y su colorido. Yo tenía ganas de conocer aquel país. Cuando llegué allí, todo fueron atenciones, pero la película para la que fui contratado “Hernán Cortés” no se pudo hacer. La razón fue que si la hacían los mejicanos no hubiera gustado en España, y si la hacían los españoles

no hubiera gustado en Méjico. Un problema de entendimiento histórico que imposibilitó que se hiciera la película.

Pero hice otra que se tituló “Tehuantepec” (1954), de Miguel Contreras Torres, con una gran actriz mejicana llamada Katy Jurado. A partir de ahí, tuve la suerte de encadenar una serie de películas consecutivas. Y es que cuando uno se va fuera de su país sabe que tiene que trabajar duro. Allí trabajé también en el teatro, y además doblé alguna que otra película. Tuve suerte. Hice muchísima radio-novela, y posteriormente, telenovelas. No menos de 2000 intervenciones en televisión.

Además, telenovelas he dirigido muchas. Y estuve cinco años como empresario y director en la sala Chopin de Méjico. Por tanto, he trabajado y conocido a todas las grandes figuras de la interpretación mejicana.

-En Méjico adquiriste gran popularidad.

-Efectivamente, entre la telenovela, el cine y el teatro, adquirí una gran popularidad en Méjico, país al que recuerdo siempre con respeto, cariño y gratitud. Allí está mi madre enterrada, porque a ella la llevé siempre conmigo.

Solamente los emigrantes podrán comprender lo que voy a decir, y es que hay que ser emigrante para comprender y querer a

España. Cuando estás fuera te acuerdas de la comida, de las costumbres, de la riqueza, del espíritu, del carácter, es decir, te acuerdas de nuestra segunda madre que es España. Y ahí entró la añoranza mía. Y entonces cuando quedé viudo, y mis hijos ya estaban casados, consideré que mi lugar tenía que ser España. Y así, decidí regresar.

-Y llegaste a España en la etapa fecunda del género llamado spaghetti western.

-Hice muchísimo western. Me encajaron en papeles de villano. Podría hablarte durante horas de esta etapa, pero hoy en día existe una herramienta fundamental que es Internet, donde cualquier interesado en ella puede localizar una relación de mis películas. Quizás haya sido uno de los actores más prolíficos que ha tenido España.

Podría también contarte muchas anécdotas, y así a bote pronto, recuerdo una anécdota de la película “Django” (1966), cuando el director Sergio Cor-





bucci me puso la cámara delante y me dijo: ahora en este momento entra el bandido tal y lo van a matar, tú sólo tienes que mover los ojos. Yo iré disparando para que primero mires a tu derecha. Él metido en situación, no se dio cuenta y disparó pegándome todo el fognazo en los ojos. Estuve quince días sin poder ver, y creyendo que no volvería a ver más.

Seguí haciendo cine y algo de teatro. Y al final llegó lo que tenía que llegar: la jubilación. En nuestra profesión no existe como tal, porque puedes seguir trabajando a cualquier edad. Yo no me puedo quejar, porque he logrado las metas que quería en la vida, y me siento muy orgulloso de haber sido actor. Aún así, tenía ganas de autojubilarme, y decidí vivir en Almería por su clima. Allí no hay verde como aquí en La Rioja, todo es marrón. Pero tiene también otros encantos.

-Supongo que en tu larga carrera habrás trabajado con grandes artistas y obtenido merecidos reconocimientos.

-He trabajado con todos los grandes actores españoles: Amparo Rivelles, Aurora Bautista, Conchita Montenegro, Fernando Rey, etc. Y es que en aquella época, se hacían grandes películas históricas donde participaban muchísimos actores. Más adelante, a mi vuelta de Méjico, fui presidente del Sindicato de Actores durante cuatro años, con lo cual tuve mucha relación con los actores españoles.

En Méjico, igualmente, trabajé con grandes intérpretes como mi entrañable amigo y compadre Pedro Infante, que fue padrino de uno de mis hijos. Con Jorge Negrete, con quien al principio tuve un problema por una denuncia falsa que me pusieron

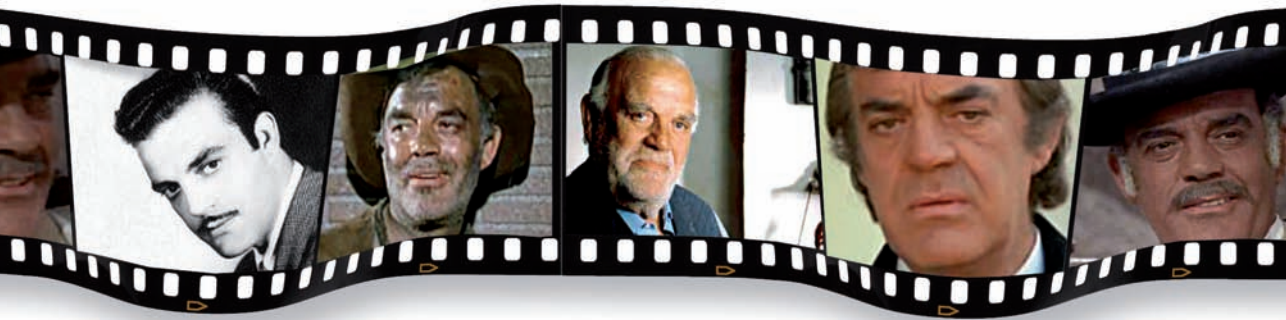
y me quiso expulsar del país. Pedí una cita con él y, tras una conversación de una hora, se dio cuenta de que yo había sido víctima de una malvada persona. La denuncia era porque decían que había hablado mal de Méjico. Al final, hubo entendimiento, y continué una amistad con él.

¿Los reconocimientos más importantes? Las calles que llevan mi nombre: en Almería, Mojácar (Almería), Roquetas de Mar (Almería), Málaga, y Gimileo. Eso no se vende en El Corte Inglés.

Con figuras internacionales y norteamericanas también, porque España ha hecho mucha coproducción con países como Francia, Italia y Estados Unidos.

En cuanto a los reconocimientos, de España tengo cinco trofeos, y vine de Méjico con ocho más. He tenido la satisfacción de que el gobierno mejicano me condecorara con la placa y medalla de Ignacio de Monfort en el Palacio presidencial. Y digo esto porque cuando recibí esos honores, no pude por menos que decir ¡Viva Méjico! y ¡Viva España!

El último me lo dieron el año pasado, concedido por el Rey de España, fue la Orden de Mérito. ¿Los reconocimientos más importantes? Las cinco calles que llevan mi nombre: una en Almería, otra en Mojácar (Almería), otra en Roquetas de Mar (Almería), otra en Málaga, y otra en Gimileo. Eso es algo que no se vende en El Corte Inglés.



-Cuéntanos a qué dedicas tu tiempo tras la jubilación activa en el cine.

-Conocí a una persona a la que pregunté a que se dedicaba, y él me dijo que era presidente de la Federación Almeriense de Minusválidos. Le dije que me encantaría conocer ese mundo que sólo había visto en reportajes. Ese mundo, el de la discapacidad, lo desconocía directamente puesto que no había tenido ni familiares ni amigos.

A partir de ahí, inmensa suerte la mía, encontré que podía servir para algo y para alguien. Efectivamente, empecé a conocer, a tratar, a conversar, a profundizar con discapacitados, y ratifiqué mi nueva dedicación.

Yo venía de un mundo diferente, el del autógrafo, el fotógrafo, la entrevista, el aplauso de la gente, e iba hacia un mundo que me permitió ampliar mis miras. Les traté y cogí afecto, ellos a mí también.

Un día se me ocurrió montar una obra de teatro con ellos. Hoy somos el único grupo de teatro de discapacitados de España. En mi grupo hay 25 discapacitados con diferentes minusvalías: síndrome de down, esclerosis, sillas de ruedas, invidentes, sordomudos, todo un mundo muy amplio. Os daís cuenta lo que significaba para mí ver a aquellas personas totalmente marginadas por una determinada parte de la sociedad. Con cariño, con amor, con paciencia, les enseñaba a vocalizar, les enseñaba a sentir. Salían a un escenario y no se lo creían.

Me di cuenta de lo mucho que había por hacer. Con ellos llevo 14 años, hemos representado varias obras, hemos tenido mucho éxito en teatros de Andalucía fundamentalmente. Es una labor muy bonita.

Desde hace tiempo llevo comentando que estoy dispuesto a traer a mi localidad, Haro, el grupo de discapacitados, a su teatro Bretón de los Herreros, que tantos recuerdos me trae.

Ahora me dedico a escribir, a dar alguna conferencia en universidades sobre el mundo del teatro. Porque el teatro es algo que enseña a los jóvenes a saber hablar, a saber mover las manos, a saber vestir, a saber andar, pero sobre todo, a tener seguridad en uno mismo. Cuando un actor tiene seguridad en sí mismo y sale al escenario, sabe que está haciendo algo que produce interés en el público. Así cuando ese mismo actor sale al escenario de la vida, sigue teniendo la misma seguridad. El teatro debería ser una parte de la educación y formación de los jóvenes, aparte de ser un divertimento estupendo.

Como dije antes, ahora estoy escribiendo. Quizás algún día escriba mis memorias, no para venderlas puesto que estamos en una época en la que no interesa la vida de las personas. Hay tantas...

Hoy soy feliz con esta entrevista en mi localidad Haro. En estos días vienen a visitarme una de mis hijas y una nieta que viven en Méjico. Mi mejor homenaje a ellas va a ser traerlas a Haro. Les enseñaré los lugares de mi infancia. Eso es Haro para mí: enseñarles a mi hija y mi nieta mis comienzos como niño y como mozo.

Un mensaje a todos los riojanos: cuando me veáis en las calles de Haro, decidme ¡hola!, decidme ¡adiós!. Nada más, con eso soy feliz.

Personalmente Luis, te agradezco el tono de esta entrevista, con el añadido impagable de que la hayamos hecho en mi localidad, Haro.